

CAPÍTULO XVII

Cual una flor cortada, que al sufrir
sólo sabe exhalar aromas y morir.

SAMAIN.

ODETTE fué llevada al gineceo. Rendida al peso de la formidable aventura; espantada del misterio horriblemente milagroso que hacía a la Naturaleza cómplice de su realeza abominable..., dejóse perfumar por las mujeres, como insensible muñeca con que se divierten las niñas.

Ahora estaba muellemente tendida sobre almohadones, cobijada en la penumbra del antiguo palacio, de nuevo silencioso.

Sólo se oía el murmullo argentino del surtidor, cuya crencha brotaba como un lirio del profundo cazo columbrado en la claridad del patio de mármol entre dos columnitas bizantinas.

Odette sólo pensaba en este chorro de agua, cuya voz fresca le atraía. El agua parecía decirle: «¡Ven! Yo calmo todos los dolores. Yo apago toda clase de

sed... Cuando estés conmigo..., *si no me tienes miedo*, ya no desearás nada más... Ya no pedirás más saber... Y sobre todo, tu corazón olvidará el nombre de Juan... de Juan, que te ha traicionado, que te ha abandonado, como se deja sobre el polvo de la carretera a una gitanilla como tú.»

Se levantó y se fué hacia el surtidor, cuya melodía quejumbrosa la hechizaba. Sus pies desnudos, cuyos dedos las esclavas acababan de ensortijar, se deslizaron por el bruñido pavimento, y maquinalmente la llevaron a la fuente encantada.

El pilón era espacioso, con peldaños de mármol negro, y el agua era también negra como las losas que iban en seguida a encerrarla, inmóvil y fría, mientras que el tallo liriáceo del agua continuaría cantando sobre su cabeza la argéntea melodía: «Murió Odette, murió la joven ardiente de las Camargues, que el sortilegio de una buena vieja hechicera trocó en lánguida muñeca de Orienté... Murió porque no la amaba aquel a quien dió su corazón.»

Esto también estaba escrito y Odette posó el pie en el primer escalón que conducía al fondo del hermoso tazón negro, rebosante de agua sagrada del olvido. ¡Ah! ¡Qué fresca estaba el agua!... ¡Qué fría! ¡Y qué olor de muerte! ¡Parecía de lejos tan hermosa! Evidentemente, se necesitaba valor.

¡Y valor siempre tuvo!

Dió un paso más, balbuceando con dulce gemido

el nombre de Juan. Su corazón latía con tal fuerza, que parecía escapársele a saltos del pecho, como el pajarillo que, en el estertor de la agonía, se agita por última vez en el fondo del nido. Ella también, ella iba a morir, pues Juan no la quería... De pronto, una mano la tiró hacia atrás, y la joven percibió un sollozo...

Era la buena vieja hechicera, que le dijo:

—Ven, no quiero que mueras. Voy a llevarte a la presencia de tu amado.

Odette abrió desmesuradamente los ojos, como si en ellos abrigase todo el asombro del mundo.

—¿Vas a hacerme ver a Juan?

—En seguida vas a verle.

—¡Ah!—dijo Odette en seguida—. No me fio de ti puerca vieja hechicera... Sé que puedes mucho, porque llevas en ti al Beka (al diablo) y tienes la costumbre de decir la buenaventura. Me harás ver a Juan en el bagazo del café o en el fondo de un vaso de agua. Vete... ¡Aguarda! ¡Juan! Helo ahí... en el fondo de este tazón. Ahí veo su imagen de otros días... de cuando me amaba... Voy a reunirme con él.

—¡Ah, palomita!... Nunca dejé de amarte... Júrame que no te matas si te lo enseño.

—Te prometo vivir, si me lo enseñas con vida y si me quiere, Zina—dijo Odette anhelante y juntando las manecitas con un gesto de ruego y esperanza.

—¿Cómo no ha de amarte?—repuso Zina precipitadamente y atrayéndose a Odette y mareándola con

un aluvión de palabras—. ¡Si supieses cuánto he hecho!... ¡cuánto he hecho por tí!...

—Pero ¿dónde está, dónde está?

—Aquí.

—Llévame a él en seguida... ¡Oh, Dios mío! Creo ahora que voy a morir de alegría... ¿He de creerte? ¿He de creerte?

—¡Chist! ¡Modera tu alegría, palomita del Espíritu Santo! ¡Ay! ¡Está aquí, en un calabozo!...

—¡En un calabozo! ¡Ay, desgraciado! ¿Pero cómo está en un calabozo?

—Porque voló a libertarte como un loco, como el más valiente de los rumíes, y lo apresaron... Veas cómo te quiere...

—¡Oh, Juan mío! (y prorrumpió en sollozos; esta vez en sollozos de felicidad)... ¿Le salvarás, di? (ya no dudaba de nada); si no se le salva, quiero yo también ser encarcelada... Además, soy la reina, soy la *quey-ra*... Es preciso que se me obedezca... Deja, querida, de besarme los pies, querida y buena bruja..., y llévame a Juan... Quiero que salga del calabozo... Dime... ¿es cierto que se le metió en un calabozo, en un verdadero calabozo? ¿No te burlas de mí?

No cesaba de hablar... Había recuperado la vida; de nuevo circulaba por sus venas, de modo extraño congeladas días y días... Esta Zina era algo extraordinario. Se llamaba esclava de Odette y hacía de la niña cuanto quería... Con una mirada, con una frase,

la cambiaba totalmente... Zina tenía el poder de trocarla en estatua o en piedra al conjuro de su fría mirada de bruja..., o bien se sentía atraída hacia ella con todo su corazón inocente, como si fuera su verdadera *raya*. Las rebeliones de la joven eran juegos de niño, baladíos frente al poder oculto que la dominaba, incluso cuando estaba la vieja ausente, o bien se interponían muros entre ambas.

Zina la cogió de la mano y Odette se dejó guiar dócilmente por los oscuros y tortuosos pasillos, que muy pocos conocían aun entre los iniciados en los misterios de aquel palacio. Hubo de encorvarse, bajar y subir peldaños y volver a bajar hasta las entrañas de la tierra, bordeando las monstruosas hileras del templo, piedras apiladas por los antiguos Pelasgos, sobre las cuales, civilizaciones desaparecidas desde millares de años atrás erigieron sus primeros altares. Por fin, Zina y Odette llegaron a los calabozos de los condenados a muerte, enjaulados allí entre barrotes.

Ante una de las jaulas Andrés vigilaba.

CAPÍTULO XVIII

EL BESO EN LA TUMBA

HASTA este momento Odette fué intrépida, si bien su valor en el fondo era más bien alegría: ¡iba a volver a ver a su Juan! Por sí sola esta ilusión la hubiera llevado a través del infierno con la sonrisa en los labios. Quizás alguna vez se había imaginado el infierno como estas mazmorras, en que se veía a ras-tras espectros humanos o fantasmas que se incorporaban para ver cómo pasaban los vivientes envueltos en luz azufrada que parecía surgir del seno vertiginoso de la tierra por grietas cuya profundidad nadie sondó nunca tal vez.

Aquella tierra volcánica apestaba como la solfatarra. La luz del cielo viene de arriba; la del infierno, de abajo.

Lo malo para los que arrastraban sus vagas sombras detrás de aquellas rejas, era que no morían asfixiados por la diabólica y pestilente humareda... No: ¡allí se moría de hambre!

Algunas sombras esqueléticas aparecían agarradas a los barrotes como si hubieran terminado su suplicio en un postrer espasmo que las dejaba boquiabiertas... Zina desplegó un velo sobre la cabeza de Odette y la arrastraba con creciente celeridad, pero la reina no toleró que le celasen los ojos precisamente en el momento anhelado en que iba a ver a Juan...

Se quitó el velo, y al mirar lanzó un grito de horror... Vió allí a Andrés... Parecía el guarda omnipotente de aquel infierno... El espanto de Odette provocó aquel grito... Zina la apretó contra su pecho y la envolvió entre sus brazos, mientras que Andrés, adelantándose con paso amenazador, preguntó a la vieja con terrible acento:

—¿Qué vienes a hacer aquí con la *queyra*?

—Vengo a pedirte que la franquees la entrada del calabozo en que está encerrado el rumí—le respondió impávida la cingara.

—¡Estás loca, Zina!—repuso Andrés con siniestra befa, si bien algo sobrecogido—... Y ¿qué pretendes al solicitarlo?

—Quisiera que le abrazase antes de que muera. Es obra de caridad con los dos y Santa Sara quedará satisfecha...

Esta vez Andrés prorrumpió en carcajadas... Pero Zina, pegando su boca al oído de Andrés, le murmuró unas palabras...

Ya no vió más Andrés, pero se sonrió y su sonrisa

era aún más horrenda... El gitano sacó del cinto un manojo de llaves, indicó una a Zina, se la puso en la mano y se alejó precipitadamente...

Cuando ya no oyó sus pasos, la vieja dijo a Odette:

—No tengas miedo. Ya se fué...

Y la arrastró, más bien que la llevó, hacia el calabozo de Juan.

Ahora es Zina la que vigila, hundida en las tinieblas del fatal pasillo que conduce a tantas agonías... Vigila mientras Juan y Odette mezclan sus lágrimas de dicha y desesperanza.

—Y yo que creía que ya no me amabas—suspiró la joven infeliz, desfallecida—... Esto es un crimen, Juan; ¡ay!, el más horrendo de los crímenes.

—No ha sido ella sola—pensó Juan lleno de remordimientos—la que ha cometido crimen semejante. Y quizás por ello lo esté yo purgando.

Pero ahora, al calor de aquel fresco aliento, ante la pureza de aquella frente, todas las horribles sospechas nacidas de la perversidad de Hubert y de los rasgos singulares de Rouletabille se esfumaban, se disipaban para siempre... Juan no tenía otro temor sino que Odette llegase nunca a sospechar que él abrigó alguna vez semejante pensamiento...

—Figúrate—le dijo Odette, estrechándole entre sus brazos—, figúrate que ese abominable Hubert me dijo que tú ya nada querías conmigo desde que supiste que era una gitanilla...

—Y ¿tú lo creíste?—le reprochó Juan con dolor...

—¡No!, ¡no!, ¡no le creí...; pero Hubert acudió con presteza, y acudió Rouletabille..., y de ti sólo oía hablar a ese miserable que me decía que ya te era yo indiferente! Mi dolor fué inmenso desde entonces... No sabía ya lo que pensaba... Me volvía loca... Sólo quería morir...

—¡Querida, querida mía!

—No podía ya soportar a ese Hubert; me apartaba de él con horror...; me devolvió a los bohemios... Y preferí esto a continuar con él. Pero lo terrible es que me ha devuelto para que los gitanos me obliguen a casarme a su modo y según esté escrito. Con todo, no tengo miedo, pues soy la *queyra*, y la *queyra* hace lo que quiere... Zina me lo ha explicado... Así, pues, es preciso, pues yo lo quiero, que estas gentes nos casen... Y Hubert será encerrado como se merece en este calabozo... Después de unas semanas de reflexión, le dejaremos que se vaya, y creo que ya no oiremos hablar más de él para siempre.

Juan oía aquella charla de pájaro con tan divino embeleso que lo olvidaba todo... Pero las últimas palabras le trajeron al horror de la situación presente y sonrió con tristeza:

—Amor mío—le dijo—, ¿ignoras acaso que cuando se entra en uno de estos calabozos ya no se sale?

—Pero como te hago rey...— exclamó Odette...

—Amor mío, embeleso mío, ¿nada te ha dicho Zina?

—¿Pero qué? ¿Qué pasa? Nada me ha dicho... Pero tú dímelo todo... Es menester que lo sepa todo... Soy la reina... Tengo derecho a saberlo todo...

—Pues bien: me han enterrado para siempre.

—No digas eso, no digas eso... Es absurdo... Aquí sólo mando yo...; ¿a qué te han condenado...?

—A morir...

Odette lanzó un grito:

—Cállate... Cállate... Eres mi Juan... Eres mi amor... Pudieron condenarte no estando yo aquí... Pero ahora que estoy... todo va a cambiar... Basta que diga una palabra... Si supieses cómo me adora este pueblo... Se prosterna a mis pies... Besa mi ropa... Grita cuando paso: «¡Hosannah!»... Sólo con levantar el dedo... ¡Ah! Tuvo Hubert la excelente idea de traerme aquí... Como ves, así plugo a la Providencia... Dios está con nosotros... Estaba escrito como dicen los viejos ahí arriba en la catedral... Estaba escrito que te salvaría, Juan adorado... ¡Vamos! ¡Te han condenado a morir... ¡Pues bien! ¡Cómo los voy a coger! ¡Ya estoy viendo aquí la cabeza de Hubert! ¡Pero abrázame y no pongas esa cara tan triste! ¿Acaso estoy yo triste? ¡Ah! Dime..., por curiosidad, ¿a qué género de muerte te han condenado esos señores?

Le preguntó esto sonriendo muy valerosa.

—Me han condenado a morir de hambre.

—¡Horror!, ¡querido mío! ¡Y yo aquí charlando y bromeando!... ¡A morir de hambre! Y no has comido

aún... ni almorzado... ¡Dios mío! ¿Desde cuándo estás aquí? ¡Esto es horrible! Y ¿cómo no me lo has dicho en seguida? ¡Zina, Zina!

Se precipitó a los barrotos llamando a la vieja y empezó a patear el suelo...

—Deja ya a Zina—le dijo Juan—... ¡Estamos tan bien solos!, y además son preciosos los minutos. Te digo que no tengo hambre...

—¡Zina!

La vieja acudió como alocada, indicándole con gestos que callase.

—Vete corriendo..., busca pan, leche..., trae lo que encuentres... dulces... ¿Qué quieres comer, querido?

—Nada, amor mío... Estás tú aquí... No tengo hambre de más...

—Te prometo—dijo la vieja, espantada, a Odette— que iré a buscar cualquier cosa cuando te marches... Ahora es preciso, ante todo, que te lleve a tus habitaciones... Ven, ven sin tardanza... Aun es tiempo... Quizás te hayan oído gritar...

—Pero yo no puedo irme en seguida... Y además no puedo irme sin mi Juan... Vete y busca al patriarca y al gran Consejo...

—¡Silencio!—ordenó la vieja pegando el oído al sótano—. Alguien se acerca... Oigo pasos...; bajan la escalera... ¡Cuidado!

Le hizo aún una señal y se sumergió en la sombra para el acecho.

Odette se echó de nuevo en los brazos de Juan...

—¡Morir de hambre!—le dijo vertiéndole el llanto por el hombro—... ¡Ah!, querido mío... Te juro que no he de comer mientras tú no comas... Si mueres, muero yo también... Que mi padre me perdone...

Juan se estremeció:

—Tu padre, querida Odette..., tu padre... ¿Es posible que aún no sepas nada?

—¿Qué? ¿Qué ha ocurrido a mi padre? Háblame de mi padre...

Y como Juan callase, agregó:

—Tu silencio es para mí el peor agüero... Si no fuese así, no callarías... Habla, Juan—dijo con voz entrecortada—... Creía que ya no podía herirme ninguna desgracia más...

Entonces Juan le enteró del espantoso suceso. Por fin Odette conoció el drama de Lavardens.

—Ya no nos queda en el mundo—dijo derramando nuevas lágrimas—más que nuestro amor.

... Andrés había ido a entrevistarse con Calixta. La gitana no podía esperarle a aquellas horas. Sabía que a petición propia vigilaba a Juan y había cargado voluntariamente con la responsabilidad de la guardia del rumí condenado a muerte...

Tendida sobre la alfombra, se embriagaba con los perfumes que ardían en los pebeteros. Pensaba en el sentenciado a muerte y no en su guardián, al cual cada día temía más y cuyo amor violento la sobre-

saltaba, o más bien la llenaba de singular inquietud que la estremecía en cuanto le veía ante su presencia. No cesó un momento ciertamente de detestarle, pero no le despreciaba..., no. Aun le estaba viendo en el bosque de Temesvar, blandiendo el cuchillo y dispuesto a matarla si se le resistía... El azar la salvó entonces..., pero aquel día, en aquel minuto, fué su dueño...

—¡Ah! Eres tú...—le dijo con bronco acento al reconocerle en la sombra por la que avanzaba—. ¿Qué me quieres?

—Mal recibes a tu prometido—dijo Andrés fríamente sentándose al lado de la gitana, cruzando las piernas y cogiendo y llenando la larga pipa turca.

—Aún no llegó el día de la boda—replicó secamente Calixta.

—Apostemos lo que quieras—repuso Andrés—a que mejor me hubieras recibido de saber que venía a decirte: «El rumí no quiere morir sin verte de nuevo.»

Calixta, como galvanizada, se irguió:

—¿Ha dicho eso?

—Que no me vea nunca la faz de Debla Temeata (la madre de Dios) si miento—dijo el cingaro—. El rumí me lo ha suplicado tres veces. Sin duda cifró en ti, Calixta, todas sus esperanzas... o bien te quiere sinceramente - agregó con risa burlona—y desea pedirte perdón antes de morir por la pena con que logró emponzoñarte el corazón. ¡Sólo por ti suspira el maldecido!

—No más discursos, Andrés. ¿Y qué le respondiste cuando pidió esto?

—¿Qué había de responderle, si llamó a mi buen corazón? Un camello, si apelase a mis sentimientos, me haría llorar. Le contesté que te transmitiría su ruego y se haría lo que te pluguiese. Bien sabía que ello iba a complacerte. Estás triste como para enterrar al diablo. Ya me lo pagarás con una sonrisa... Y por una sonrisa tuya, Calixta, inmolaría a mi *raya*.

—Bien, bien... Ya veremos eso después. ¿Entonces me consientes que le vea?

—¿Te he negado nunca nada?

—¿Verdad que me llevarás hasta él?

—Sí, pues va a morir—contestó Andrés secamente, levantándose y tomando la delantera.

Calixta le siguió febril. ¡Ah, si fuese cierto que Juan la amabal Vense estas cosas a veces en los momentos supremos, allá en los últimos repliegues de la conciencia... ¡Quizás entre los dos no hubo nunca sino lamentable incomprensión, choque de dos orgullos en mortal combate! Bastaba que hiciese sólo un gesto para que ella, Calixta, hallase el medio de sacarle de aquella tumba.

De pronto se paró... Era hábito en ella que el pensamiento y el acto fuesen por polos opuestos, con espontaneidad contradictoria que tejía la desesperación y el desorden de su vida. Andrés se volvió y la contempló inmóvil y anhelante.

—¿Qué más?—preguntó bruscamente.

—¿Y si me llama para insultarme por última vez? —expuso con timidez, bañadas las sienes de sudor.

—Es posible—contestó Andrés imperturbable—. No me ha comunicado sus proyectos. ¿Qué decides, pues?

—Si me llama para esto, no te lo perdonaré jamás —le espetó mirándole con fiereza.

—Esta es la justicia de las mujeres—fué la consecuencia de Andrés—. Pues bien, quédate.

Pero bien sabía que no se quedaría. Y hasta simuló que se iba, como si aquel asunto no le concerniese.

—Andrés, ¿qué opinas tú que le has visto, tú que le oíste?

—Palabra de *balogard* (esta clase de bohemios, que sacamos anteriormente a colación, es harto conocida, en efecto, por sus principios austeros, su respeto a los tratados y hasta a la palabra empeñada una vez para siempre). ¡Palabra de *balogard*! Creo (y le dijo lo que creía inclinándose sobre ella y quemándola con la mirada, en que ardía el negro tizón del deseo), creo que cuando se tiene la dicha de abrazarte es cosa que difícilmente se olvida.

Acababa de decir lo que hacía falta.

—Pues bien; vamos, Andrés—dijo con imperativa impaciencia.

Pero Andrés cada vez se inclinaba más hacia ella:

—Y ¿cuál es el pago de mi trabajo?

—¿Qué quieres?

—¡Abrazartel

No esperó el permiso. Calixta se defendió vacilante; pero le mordió al sentir pegada a sus labios, de modo salvaje, la boca de Andrés. Este la devolvió el mordisco. Ni el uno ni el otro gritaron; pero si llega a tener Calixta un puñal a mano, de seguro le atraviesa el corazón. Andrés, secándose el labio ensangrentado, se limitó a decir:

—Tomé mi parte; ahora te toca tomar la tuya. ¡Ven! El rumí tendrá mis sobras.

Y bajaron a los sótanos.

Sus pasos fueron los que Zina oyó en la escalera; pero creyó que Andrés volvía solo. La vieja, diabólicamente, le inspiró la idea de dejar solos a Odette y Juan un momento en el calabozo como excelente venganza contra Calixta, que no había dejado de amar a Juan, y como jugarreta cruel con la que se divertiría más tarde, contándole a la gitana este episodio, capaz por sí solo de curarle para siempre de la afición a los rumies. Pero Zina no sospechó un solo segundo que Andrés tuviera la audacia de ir a buscar a Calixta para que viniese a presenciar la escena... En este intervalo, Andrés corteja a Calixta, riéndose de la pasada que le está jugando.

La vieja quedó anonadada al columbrar a Calixta; pero no tuvo tiempo de avisar, y Andrés la echó a rodar después de hacerse con las llaves y... pasaron.

Misterioso resplandor, filtrado por invisible ventanal, se deslizaba por los muros variolosos y encajaba un rayo entre dos barrotes. Detrás de la reja, dos cabezitas en plena juventud se besaban con pasión... Aquello era un aguafuerte sobre fondo negro, algo extremadamente violento e infinitivamente delicado: un beso impreso por Reynolds; algo, en fin, que sobre todo causará hondo disgusto a Calixta...

CAPITULO XIX

LOS DOS RECURSOS DEL PATRIARCA

HUBO de desmayarse la gitana, pues es posible desmayarse de rabia como de dicha; pero, pasado el primer momento de sorpresa, recuperó todos sus bríos; y, animada por el sentimiento que le impedía, se abalanzó contra los barrotes y empezó a sacudirlos alocada.

Ante ella aparecía el cuadro de los amantes, sorprendidos y atemorizados, y detrás el de la risa de Andrés y los gritos de Zina, y, finalmente, la carrera de los guardias, que acudieron veloces al oír el tumulto.

Andrés se apresuró a abrir la reja del calabozo. Creyó, sin duda, que el furor de Calixta caería entero sobre Juan. ¡Error de rudimentaria psicología, pues la rabia de la mujer se dirige siempre contra la mujer en la primera arremetida! Calixta se abalanzó contra Odette; pero tropezó con los brazos de Juan, que se

interpuso... Odette no huyó, no; al contrario: sus uñas se clavaron, abriendo rojos surcos, en el rostro de Calixta, momentáneamente reducida a la impotencia por los puños de Juan, que la gitana mordía con saña. Los guardias dieron remate a la gresca haciendo salir a Odette, llevándosela a pesar de sus gritos, de sus arañazos y patadas.

Juan quedó de nuevo encerrado en el calabozo... Calixta volvióse airada y rugiente de venganza contra Andrés, que señalaba a Zina como única culpable de aquella despiadada intriga... Pronto se oyeron los gritos de Zina, tan desesperados como si la cortasen a trozos (y a pique estuvo de perecer desollada). En esto encerraron a Odette en sus habitaciones, y fué avisado el patriarca. Una hora después se presentó ante la reina, creyéndola ya calmada. Fué a verla con Hubert.

Viéronla acurrucada en un ángulo del diván, como bestezuela enfurruñada y rabiosa. Cerca se veía sobre la alfombra, en revuelta mezclanza, vajilla y cristales rotos. Fueron rodando por doquiera las bandejas en que le trajeron rosadas confituras y el *borj a la smítán*.

El patriarca contempló los estragos de la cólera real con mirada complaciente, y con inmenso respeto preguntó a su soberana, por mediación de Hubert, si tenía hambre.

—¡Sil, ¡tengo hambre!—respondió Odette—, pero

no comeré... ¡Que me dejen en paz! ¡Quiero morir de hambre, como Juan!...

E irguiendo la frente contumaz para destacar su adorable mueca, espetó a Hubert estas frases para que de una vez para siempre conociese a fondo el estado de espíritu de su amada:

—Y sepa usted que moriré dichosa, pues he visto ya a Juan y sé que no ha dejado nunca de amarme... Y ahora márchese usted... ¡Váyase, le digo!... ¡Le mando que se vaya!... No tengo más que decirte a ti y a tus patriarcas... Ea... fuera... Quiero que se me obedezca... ¡Soy la *queyral*!

Hubert, bastante maltrecho, iba traduciendo. El patriarca lo había comprendido todo. Adivinaba el sentido por el tono y por el gesto. Levantó la cabeza y dijo con gran calma:

—Tú vivirás, pues es preciso que las Escrituras se cumplan.

Dicho esto, salió de la estancia lleno de admiración por la reina.

—Es una auténtica gitana— dijo a Hubert cuando estuvieron solos—. ¡Ah, es de la raza! Da gusto verla y oirla.

—A usted, que no a mí—replicó Hubert con amargura—; y permítame que me asombre de su embeleso, pues no veo a la postre en todo ello cómo podrán las Escrituras...

—Veo con satisfacción— interrumpió gravemente

el sumo sacerdote —que le preocupan a usted las Escrituras... Pues bien, hay dos medios para evitar que las Escrituras no se cumplan... El primero depende de usted...

—Dígalo usted—expuso Hubert con celeridad bien comprensible.

El patriarca no contestó, pero depositó en la mano de Hubert la llave con la que acababa de cerrar el cuarto de Odette.

Hubert inclinó la cabeza sonrojado, pues era aún novicio. Sin embargo, dió unos pasos hacia el cuarto de la *queyra*, se detuvo un segundo y, volviéndose hacia el patriarca, subrayó:

—No me ha dicho usted el segundo recurso.

—Ya se lo expondré—contestó el patriarca—, si falla el primero...

Hubert entró en el cuarto de la *queyra*, pero no con alegre ilusión. Fácilmente se percató de que la llave que acababa de entregarle Feodor no era aún la de la dicha tan esperada. Aun sin la reciente conversación con Odette, conocía demasiado a la joven para no abrigar esperanza alguna de que se le entregase, dijérase lo que le dijere.

¿Emplearía la violencia? Era el último recurso, y le repugnaba, a pesar de su índole poco escrupulosa.

¿Daríale algo un momento de debilidad u ofuscación causadas por el espanto, por el miedo? Pero

bien sabía que Odette sólo en apariencia era débil y frágil. Entonces...

Pero no había venido de tan lejos ni hecho tanto para retroceder ante el primer obstáculo. Entró, pues, pero no hay que decir que no fué a banquete de boda...

Odette permanecía tumbada en el diván en que se echó, rabiosa y sollozante, en cuanto salió el sumo sacerdote.

No pensaba en Hubert, a quien de una vez para siempre le dijo su resolución, y bien podía comprender que nunca sería su mujer, sino en Juan, a quien a toda costa quería salvar. Al abrirse la puerta, Odette creyó que era Zina, su aliada en las últimas horas, y quedó aterrada al ver que era Hubert... Este, ya dentro, cazarón y callado, cerró cuidadosamente con llave la puerta, y luego, lentamente, se volvió hacia Odette... Y lentamente Odette se incorporó y retrocedió hasta el ángulo del muro.

Hubert dió unos pasos con la frente baja y el ceño duro. La joven le gritó con voz enronquecida:

—No sigas..., no des un paso más.

Entonces Hubert levantó la cabeza y la vió como negro fantasma envuelto en el velo negro que Zina le echó por la espalda al penetrar en los sótanos del palacio.

Aquella fúnebre envoltura sólo dejaba ver una cabcita de cera con ojos inmensos, agrandados por la zozobra de lo que iba a ocurrir. Hubert dijo:

—No me tema usted.

—No le temo—le replicó Odette. De espanto le castañeteaban los dientes—. No, no le temo.

—Odette, si usted quiere, no tendrá esclavo más sumiso que yo.

—No quiero esclavos. Márchese usted. ¿Por qué ha vuelto? ¿No le despedí? No quiero volverle a ver nunca. Váyase, o grito.

Hubert sonrió con malicia.

—Sonríe usted, cobarde... ¡Ah!, ¡no dé un solo paso!; no... no pase de esa alfombra... o le juro...

Una larga aguja con cabeza de rubies sujetaba su velo. La desprendió y, abriendo la ropa que cubría su seno espléndido de juventud, apuntó al corazón el tallo sutil de acero. ¡Ya no temblaba!... Ya nada temía... Sobre todo, bien claro se veía que no temía a la muerte... Sus ojos quedaron extáticos, como si realmente entrasen en la agonía. Hubert se paró y se sentó, ahogando un sordo gemido.

—¡Cómo me odia usted!—dijo—. ¿Por qué? ¿Qué he hecho? Antaño, sin embargo, me amó usted...

—Es usted el más miserable de los hombres—le espetó Odette, sin cesar de oprimir el arma improvisada—. ¿Qué ha urdido usted para engañarme? ¡Inventó una conversación con mi padre...! Y mi padre murió. ¿Y lo que me dijo usted de Juan? Abominable, abominable. Es usted un criminal...

—Cierto—confesó moviendo la cabeza—, pero es

usted la que me hizo obrar así... No era yo tal en otros tiempos, cuando usted me amaba.

—¡Está usted loco! Yo no le he querido jamás.

—No diga usted eso; no diga eso, Odette. Recuerde usted mi partida. ¡Recuerde cuán triste quedó usted! Recuerde cuán felices éramos cuando corríamos solos por los campos y lanzábamos nuestros caballos a carreras desenfundadas; cuando la Camargue era enteramente de nosotros dos... Usted entonces sólo se complacía conmigo... Luego todo cambió... ¿Cómo quiere usted que no cobije malas ideas? Escúcheme, Odette; ruégole perdone mis mentiras y mis intrigas... Bien las he pagado... No podía albergar en mi cabeza la idea de perderla a usted. Y aun ahora se lo digo: no la albergaré jamás... Se prevalieron de mi ausencia. Si yo hubiera estado allí, no hubiese ocurrido todo esto... Pues bien: haré por ganar el tiempo perdido... ¿Qué pido? Volver a ser su buen camarada de otros tiempos, el amigo en quien tenía usted puesta toda su confianza, el que la protegía a usted y hubiera dado por usted la vida... Mi vida es enteramente suya. Por la fatalidad de su nacimiento, arrostra usted una terrible aventura de la cual se me quería hacer responsable y en la cual me he enzarzado tan sólo para salvarla.

—¿Se atreve usted a decir eso? ¿Usted?—exclamó Odette indignada.

Hubert inclinó la cabeza abrumada y dijo con apagado acento:

—Hubiera huído con usted al fin del mundo si usted lo hubiese querido. Pero usted me rechazó... Entonces la traje aquí, convencido de que la hubieran hallado a usted de todos modos, y usted nada puede hacer para esquivar *lo que está escrito*...

—Igualmente no olvidaría usted en ese caso que está escrito que se dé en casamiento mi persona a quien me devolviese a los gitanos.

—¡Odette, Odette, así es! Escrito está que nos casemos; pero yo no necesitaba leer el Libro para saberlo... Grabado en mi corazón llevaba el hecho desde el día en que sus manecitas aplaudieron mi éxito en la herrada de Santas Marías... ¡Sí!—repitió sin levantar la cabeza—, hemos de casarnos... Nada puede usted contra este sino.

—Jamás, jamás; se lo juro.

Hubert, yendo de rodillas y tapándose los ojos con las manos, exclamó:

—Y yo, Odette, le juro que, una vez casados, la respetaré como el más humilde de sus criados... Le juro que sólo me presentaré ante usted para hablarle como esclavo sumiso; se lo juro yo, Hubert de Lauriac, rey de los mayores de la Camargue... Un gesto de usted me eclipsará completamente.

—¿Desaparecerá usted en seguida? —le espetó Odette harta de aquella declaración, capaz de conmoverla, pero en la que sólo quiso ver, con crueldad infantil, hipócrita palabrería, sin más objeto que desarmarla.

Entonces Hubert se levantó con duro ceño:

—¿Esas son sus últimas palabras?

—Sí—repuso Odette—; las últimas antes de mi gesto final.

Y púsose a blandir la larga aguja.

Hubert lanzó a la joven feroz mirada; ronco estertor brotó de su garganta; se cerraron sus puños y, de pronto, una oleada de sangre tiñó su faz de encendida púrpura.

Odette temió que se abalanzase sobre ella, pero de pronto Hubert se volvió bruscamente y salió. Andaba como borracho. Pidió que le llevasen a ver al patriarca, y ante éste se presentó en tan lamentable estado.

—Bien veo—repuso Feodor mirándole con piedad—que ha fallado el primer recurso. Déme la llave, joven amigo—agregó con indefinible sonrisa.

Hubert le echó la llave, con un gesto nada respetuoso.

—Cálmese usted—insistió con dulzura Feodor—, pues si en este estado le pone el primer recurso a que hemos apelado, ¿qué será de usted cuando se entere del segundo?

—He venido a preguntarle a usted cuál es ese segundo medio...—murmuró Hubert—y si de mí depende...

—Desgraciadamente para usted, de usted no depende, querido...

El sumo sacerdote, pronunciadas estas palabras enigmáticas, se levantó, haciendo una señal.

Entró un guardia y se llevó a Hubert, por momentos más deshecho y singularmente desasosegado por las últimas palabras de su patrón.

Cuando entró en el cuarto de palacio en que se le tenía alojado, vió allí a Calixta.

La gitana llevaba alzado el velo para que al punto se la reconociera.

—Señor de Lauriac—le dijo en voz baja y después de percatarse de que nadie les oía—, ya sabe usted quién soy. Usted quiere a Odette, y yo la odio... Yo haré en favor de usted, por odio, lo que usted desea por amor... Quiero que usted se case con Odette... Es preciso, pues, que usted no me oculte nada de lo ocurrido entre usted y el patriarca... ¿Qué le ha dicho a usted?

Hubert miró un segundo a Calixta. De nuevo otra asociada... Lo que *El Pulpo* le prometiera hacer por Rouletabille, Calixta se ofrecía, a su vez, realizarlo por causa de Juan. Pero ni una ni otra, al cabo, le servían para nada. Ya no supo más de la señora de Meyrens; y al fin, ¿qué podía hacer en favor suyo Calixta?

Levantó los hombros, y tuvo aún valor para chancearse.

—Todos quieren casarme con Odette—dijo—, pero lo malo es que Odette no quiere casarse conmigo... y

contra esto nada podemos ni usted, ni yo, ni las Escrituras...

—Y ¿el patriarca?, ¿qué le ha dicho el patriarca?—repitió con impaciencia.

—¿El patriarca? Al parecer dispone de dos medios para lograr que se cumpla la profecía de las Escrituras...

—¿Y qué?

—Pues puso a mi alcance el primero, pero... sin éxito—declaró con siniestra mofa.

—¿Y el segundo? ¿Le ha dicho algo del segundo?

—Me dijo que ése no me concierne...

—Pues bien..., he venido a hablar con usted..., pero antes necesito saber...

—Sepa usted que Odette está dispuesta a suicidarse antes de entregárseme... Este es mi trance... Escucho a usted.

—Ha de saber usted que, antes de franqueársele a usted el cuarto de Odette, los ancianos celebraron consejo y convinieron en dar a la *queyra* el esposo anunciado por el *Libro de los Antepasados*... Si el señor Hubert de Lauriac no puede ser su esposo, lo será otro... Esto hay...

Hubert se irguió, y con gesto brutal asió la mano de Calixta.

—¿Otro?, ¿qué otro?

—El que ama Odette.

—¡Juan!

—¡Sí, Juan!, pues no quiere a otro.

—Pero eso es imposible—murmuró Hubert—. ¡Ah!, ¿vino usted aquí a burlarse de mí? ¡Cuidado!

—Nada lo impide, si Juan consiente en vivir aquí en calidad de «príncipe consorte»... Ya se arreglará todo para que Odette se escape y Juan se lleve a Odette... Tan sencilla es una cosa como la otra... Usted comprenderá que no titubearé entre Odette y la muerte...

Hubert estrujó la mano de la gitana.

—¡Calixta! ¡Calixta! Usted no ha venido a decirme estas cosas sin un plan..., sin un propósito...

—¿Mi plan? Es tan sencillo como el suyo—susurró fríamente—. Es preciso que Juan muera mañana al amanecer.

CAPITULO XX

Haremos cuanto mal se nos ordene,
y aún más quizás...

SHAKESPEARE: *El mercader de Venecia.*

CUADERNO de Rouletabille: «¡Qué dedalo este de Sever-Turn! Suerte tendremos, y no poca, si salimos de él algún día. Bien sé que tengo la joya cín-gara, que es como un «ábrete, Sésamo» de este laberinto diabólico, pero la he gastado ya mucho, y, además, nadie ignora que es mucho más fácil entrar en un laberinto que salir de él.

»Lo malo es que hay en esta horrible historia otro *signo* que nos es tan fatal como propicio, el que saco de mi bolsillo, y es el *signo* de la corona. Realmente existe y hermoso, ¡dígase lo que se quiera!, y que no es menudo: mayor aún que un garbanzo. Es una corona real, perfectamente dibujada, no menor que la yema del dedo meñique; una corona que nuestra infeliz Odette tiene debajo del omoplato izquierdo.

»Se comprende que no se la haya visto nunca, pues